

## *La empresa obrera transicional*

Pablo Levín\*

*Transcripción del trabajo presentado en el marco de la convocatoria "De la universidad pública a la sociedad" EL PLAN FÉNIX EN VÍSPERAS DEL SEGUNDO CENTENARIO. Una estrategia nacional de desarrollo con equidad - 2 al 5 de agosto de 2005 - Facultad de Ciencias Económicas - Universidad de Buenos Aires*

Estamos en Argentina, a comienzos del nuevo siglo. En el país venido a menos, poco queda de la República. Sobre las ruinas de unas doscientas empresas de capital, quebradas o abandonadas por sus dueños, los obreros que trabajaban para las patronales que ya no están, constituyen sociedades de autogestión, de derecho o de hecho, para mantener sus puestos de trabajo. Algunos reinician, precariamente, procesos productivos. Estas empresas despiertan enormes reacciones de solidaridad y apoyo popular. Se las conoce bien pronto como empresas "recuperadas". El calificativo evoca un pasado mítico, y abre vislumbres de un futuro posible... Se reconocen estos emprendimientos como una opción al desastre social. ¿Presentan en efecto "una nueva forma de asociación productiva"?

De suyo, no. Su figura jurídica característica, la cooperativa de trabajo, lleva dos siglos en Europa, y uno en nuestro país. Esta larga historia la muestra como una forma empresaria incongruente y lábil. En la época capitalista, el capital subsume todas las "formas de asociación productiva", imprimiéndoles su propio ritmo de acumulación compulsiva.. La empresa cooperativa debe operar en esa vorágine, o sucumbir. En semejante trance, su forma cooperativa tiende a degenerar, y la relación de trabajo, aun entre los compañeros, a cobrar el carácter de relación obrero-patronal. Los trabajadores se ven ante un dilema, y la frontera entre las dos clases sociales corta las filas obreras.

Pero si es deletéreo el furor del capital, lo es más su falta de ímpetu. En la Argentina de hoy una circunstancia adicional conspira contra el proyecto de gestión obrera: la toma original de algunas fábricas por los trabajadores no fue la culminación de una larga lucha que tenía como objetivo el control obrero de la producción. Se hizo, en un marco de recesión inéditamente profunda y desocupación masiva crónica, en defensa de las "fuentes de trabajo". De allí su ambigüedad: por un lado, es la demostración práctica de que la patronal no es ya, ella misma, tal "fuente"; por otro lado, la finalidad reducida a la conservación del empleo no es incompatible con la regresión burguesa de la cooperativa. Su desenlace previsible es la "recuperación" de la empresa... ¡por la patronal!

Las patronales desertoras dejaron equipamientos obsoletos y utilizados "a reventar" (sin el debido mantenimiento), sistemas de gestión (deliberadamente) desarticulados, deudas descomunales. En su huida, los patrones prófugos pusieron el mayor empeño en ocultar o destruir la información esencial, técnica, comercial. Mediante el poder extorsivo que a

veces posee el deudor insolvente sobre sus acreedores, presionaron a antiguos proveedores y clientes con amenazas mafiosas para que se abstuvieran de toda transacción con sus ex empleados.

Los trabajadores, aviniéndose a exigencias abusivas bajo la constante amenaza de allanamientos y desalojos, restablecieron las imprescindibles redes comerciales, financieras y tecnológicas. Al hostigamiento de la ex patronal y de sus acreedores (cómplices, en ocasiones, del previo vaciamiento delictivo), se sumaba la de las autoridades del poder ejecutivo, que ponían obstáculo sobre obstáculo... Sin embargo, el fenómeno captó la imaginación popular, despertó esperanzas. ¿Se justifican?

La presente ponencia argumenta que las experiencias de control obrero de la producción tienen un potencial transformativo inédito y extraordinario, con una condición: *que se concreten mediante la planificación obrera..*

Esa potencialidad resulta de la conjunción entre las transformaciones actuales de la economía internacional y la realidad argentina de hoy.

La fase expansiva del ciclo internacional de acumulación capitalista exacerba la diferenciación del capital, eleva las cúpulas dominantes de capital potenciado y arrastra los estratos superiores de capital simple, pero se propaga sólo débilmente al resto del sistema, en el que una masa gigantesca y creciente de empresas de capital, y con ella una porción mayoritaria y creciente de la población laboral del mundo, agoniza condenada a la exclusión, especialmente en aquellos países donde el liderazgo social quedó vacante. Allí, la gestión obrera transicional no es una opción más: es la única.

¿Cuál es el otro término de esa misma opción? Es, para la mayoría, sumirse más aún en un estado de miseria y degradación tan espantosa como el mundo antiguo sólo conoció en casos de calamidades excepcionales, catástrofes naturales espantosas, guerras, pestes.

La opción está presente en la Argentina. En el escenario local se destaca la defección de la burguesía local, su deserción del papel histórico de clase dirigente, su fracaso como organizadora de la reproducción del capital, su incapacidad definitiva e irreversible como gestora de la innovación tecnológica y del progreso social; su descrédito social, político, moral.

El sistema que brindó las bases económicas de la civilización moderna se ha tornado incompatible con la civilización. En nuestro país es más evidente que en otros el agotamiento del capitalismo como condición de progreso social. Lo atestigua el desastroso deterioro de la situación obrera, la caída brutal del salario de los trabajadores (en todas sus expresiones y definiciones), el saqueo feroz de los recursos previsionales, el deterioro generalizado de los sistemas de seguridad social, la masa poblacional de desocupados estructurales, las mil formas de ocupación informal y precaria, los abismos inéditos de pobreza e indigencia, de miseria infernal sin horizonte. Los “derechos sociales” que los trabajadores de antes conquistaron después de librar amargas y

prolongadas luchas, se han desvanecido. En el infierno del trabajador individual, someterse a la sobreexplotación representa un raro privilegio y acaso la supervivencia de su familia. Los trabajadores ocupados en empresas productivas son una minoría: educados y capacitados por el capitalismo para producir, les cabe por eso la responsabilidad de prepararse para el momento histórico en que les toque hacerse cargo de la economía y dirigir el proceso de transformación social. Tal es el sentido y la perspectiva de las experiencias hasta ahora aisladas e incipientes de autogestión obrera. Estas experiencias, aunque aisladas, esporádicas; sus logros económicos, no obstante su carácter patéticamente frágil, animan extraordinariamente el cuadro general de la lucha de clases, infunden una justificada esperanza en el espíritu del pueblo, potencian fuerzas de cambio que de otro modo carecerían de horizonte.

Ese cuadro, de suyo, es desolador. En este territorio geográfico desdeñado desde hace décadas por la inversión productiva, entre las ruinas de las industrias formadas en etapas anteriores, los trabajadores sobreviven sumidos en la apatía y la dispersión, sin ver en perspectiva. Reaccionan con exabruptos inorgánicos, aislados, circunstanciales, orientados por propósitos confusos, sin un norte definido. Las banderas de la protesta social son enarboladas por sectores del pueblo desgajados del aparato productivo, condenados por el capitalismo a una barbarie miserable. La izquierda atomizada comparte e imparte la visión estrecha del *peticionismo*. Ni su discurso, ni las acciones que concibe y ejecuta, sobrepasan la astuta “estrategia” enderezada a ganar o forzar la voluntad del gobierno, reclamándole medidas de redistribución a favor del pueblo. Sobre largo plazo, sobre estrategias en serio, nada.

En la nebulosa programática *peticionista* todo reclamo popular se pierde, se torna abstracto; las expresiones iterativas de combatividad popular en calles y plazas se vuelven funcionales a la contención y al desgaste; se realimenta una selección al revés de dirigentes; saltan a la notoriedad figuras de pacotilla, consagradas por la tele. En ocasiones son ungidos dirigentes meritorios, pero da igual: el prolongado olvido de la perspectiva revolucionaria contribuye a enlazar la izquierda y la derecha en una simbiosis estable. El pueblo alza su vista al Olimpo mediático donde dialogan los ilustres y famosos, los propios con los de arriba; donde cada tanto los primeros ponen en escena la liturgia *peticionista*, unas veces en la calle, otras en pantalla. En la calle, al pueblo le cabe y corresponde corear estribillos adecuados para dar ánimo y fuerza a sus héroes en el ritual aparatoso. En pantalla, los mejores y los peores militantes populares pueden ser convocados a “participar” en programas televisivos de alto “rating”; allí comparecen ante un periodista especializado en manipular los “programas de opinión” consagratorios, quien al efecto los coloca en *mélange* con conocidas figuras de la corte. El periodista da y quita la palabra, “equitativamente”, a unos y a otros, y finalmente, ya con los “participantes” puestos fuera de cámara, sin interferencias ni

réplicas, da la suya propia, definitiva, para poner las cosas en su lugar. El discurso del militante popular, si lo tenía, quedó patéticamente fragmentado, esterilizado, como testimonio y ofrenda a la “pluralidad de opinión”.

En el horizonte agobiador del *peticionismo* los mejores impulsos emancipatorios se vuelven agotadores y estériles. Manifestaciones magníficas y creativas en sí mismas, como asambleas populares autoconvocadas, cortes de ruta, escarches, movilizaciones de protesta, reclamos de justicia redistribucionistas, terminan asimiladas a la estabilidad del sistema de poder. Los episodios de la lucha de clases son relegados a las páginas interiores de los diarios, junto a la crónica policial y al pronóstico sobre tránsito vehicular.

Y sin embargo es indudable que las grandes gestas sociales de los años recientes han enriquecido las tradiciones populares, han aportado métodos de organización, han brindado nuevos símbolos de identidad popular, han dado experiencia y protagonismo a nuevos sectores de trabajadores, han infundido en las masas un nuevo sentido de unidad y fortaleza moral. A las formas consagradas de accionar de los trabajadores asalariados, tales como paros y huelgas en sus diversas modalidades, se añadieron nuevos métodos de expresión y movilización popular como los piquetes, los cacerolazos, las asambleas barriales, las autoconvocatorias populares, los escraches. Se ha enriquecido la cultura popular con modos y estilos y formas de expresión de masas de trabajadores que esperan todavía de los sectores más avanzados de obreros ocupados una dirección social.

Los trabajadores en lucha por la conservación de sus puestos de trabajo concitaron por momentos la simpatía y el apoyo de la abrumadora mayoría de la población, y llegó a prefigurarse entonces un liderazgo social con proyecciones políticas. Esos atisbos fueron fugaces, pero dejaron iluminado un tramo del camino futuro. Quedó bosquejado un cuadro potente de alianzas políticas posibles dentro del complejo mosaico social que hoy forma la clase trabajadora.

Los nuevos estratos movilizados comprenden profesionales, proletarizados y radicalizados; maestros y empleados públicos empobrecidos; operarios arrojados a la calle por maniobras de vaciamiento de empresas, tramadas por patrones tráfugas y desertores, o marginados por las mafias corporativas, o sólo incompetentes; maestros artesanos, y gentes de oficio con destrezas trivializadas por el desarrollo tecnológico; desocupados jóvenes, desocupados maduros; pequeños patronos y agricultores, atrapados en la trampa usuraria; ahorristas estafados; villeros, cartoneros, vecinos desolados de barriadas asoladas.

Todos despertaron rudamente del sopor ideológico del capitalismo del bienestar. Y se movilizaron los abuelos, jubilados y pensionados, víctimas también ellos del macro-

despojo infame: dignos, combativos, insobornables, invencibles, portadores de grandes tradiciones de militancia proletaria, sabedores de las viejas consignas y las viejas canciones de lucha.

El pueblo identifica a las organizaciones delictivas que primero secuestraron el Estado, privatizaron las empresas del Estado, contrajeron deudas gigantescas y las estatizaron; a las que compraron políticos y partidos enteros; a las que pagaron leyes (como la de “flexibilidad laboral”, obtenida mediante sobornos bajo la presión corruptora del FMI); a las que pervirtieron las instituciones de derecho público; a las que usurparon y burlaron y degradaron la representación de la soberanía popular. Pero, encerrada en el horizonte *peticionista*, la ira del pueblo permanece abstracta. Aprovechando esa falla, la derecha tantea inesperadas oportunidades de restauración: con el propósito definido de contener la protesta popular y capitalizarla, aparecieron prontamente instituciones emanadas de los tuétanos del poder, equipadas con holgura para auspiciar y financiar una “ayuda social” miserable y denigrante. Tales instituciones comprenden agencias especializadas gubernamentales y eclesiásticas, apoyadas por la “cooperación internacional”. En los baldíos institucionales de la República, importantes y delicados asuntos de interés público quedan en manos de las ONG, criaturas institucionales del derrumbe del Estado moderno. La puja por la redistribución marginal de la renta se concreta en una dinámica perversa: cuando los reclamos se vuelven amenazantes, el sistema libera fondos para alimentar las cadenas donáticas, esteriliza recursos en principio detraídos de potenciales programas de inversión productiva y envuelve los reclamos populares consagrados como legítimos en impecables mantos de corrupción y reacción. El sistema alimenta pobres, y pobreza.

Así, el cuadro de conjunto es ambiguo. Ni se combate ni se deja de combatir; se lucha, mas no se avanza. Los cambios deseados se alejan; los no deseados arraigan, y conforman la nueva normalidad. No hay un problema del pueblo, uno solo, que no se agrave más, y más. Los trabajadores asisten a una clase magistral de economía política. Aprenden que el capitalismo es anacrónico: incapaz de cumplir su promesa de civilización y progreso universales, es incapaz también, ya, de renovarla. A la par que crece la desocupación permanente, se intensifica la sobre-explotación de los trabajadores ocupados, y se torna extremadamente variada la estructura de la clase obrera. Ahora bien, precisamente esta estructura diversa encierra la clave de la alianza social transformadora. Su efecto inmediato, sin embargo, es opuesto a la realización de ese potencial. La coexistencia de desocupación masiva y crónica con bolsones de hiperexplotación, obnubila la identidad de los oprimidos, compromete su solidaridad, complica su frente común contra los opresores; por lo mismo, hace más necesaria la formación teórica de los trabajadores, más imperiosa la actualización de sus doctrinas con nuevos avances científicos, y consiguientemente la renovación de sus modos de

organización. Las nuevas perspectivas reclaman nuevas consignas, nuevas alianzas, nuevas banderas. Sobre todo, nueva estrategia.

Faltos de esa renovación, los trabajadores sobre-explotados reaccionan figurándose como en una pesadilla que los desocupados, los inmigrantes, los fugitivos del mundo deprimido que vienen en pos de asilo (“asylum seekers”), amenazan sus puestos de trabajo. Y tórnase medrosos, timoratos y egoístas. Los trabajadores que ocupan los puestos de trabajo más calificados en las industrias de capital potenciado son, empero, los que tienen al alcance de sus manos, en ellas, los medios de producción donde cobran objetividad material las capacidades productivas de la clase obrera. Los ejercicios más elementales de contra-planificación los pondrían directamente en derrotero. De allí su responsabilidad histórica excepcional.

No poseen esa ventaja privilegiada los trabajadores menos calificados, y tampoco la poseen las masas desocupadas u ocupadas en condiciones precarias. Parecerían menos preparados para la teoría y para emprender el camino de la planificación, como no sea como recurso de supervivencia (en proyectos a los que es posible pero difícil dar vuelo transicional). A estos trabajadores apremiados por la incertidumbre de la supervivencia, ¿puede tocarles la misión de tomar la iniciativa en la cruzada de la clase trabajadora para apropiarse de sus propias capacidades productivas?

Debido simplemente a que el capital tecnológicamente potenciado no está localizado en nuestro país, los trabajadores argentinos deben de entrada poseer el concepto avanzado de planificación obrera en el marco de una estrategia socialista. La planificación de subsistencia ya está en el escenario de todos los días, en una gama de experiencias que alcanzan su paradigma en las fábricas tomadas por los trabajadores y gestionadas sin patrones. ¿Querrán y podrán superar la planificación de subsistencia?

Esta estructura compleja de la clase trabajadora explica la recurrencia de situaciones ambivalentes en la lucha de clases. Amplios sectores de trabajadores, entre los que predominan los desocupados y los ocupados en condiciones muy precarias, despliegan intensa combatividad durante períodos prolongados, sin abrir una opción de poder.

La efectividad de las luchas obreras depende de cuál es el sector de la clase que las lidera: de su situación económica y, por ende, de su capacidad real de transformación social. En suma, de su posición en el aparato productivo. La planificación obrera, destinada a inaugurar la era de la transición al socialismo, y por ende a la superación y la consiguiente supresión del capital, únicamente puede iniciarse y madurar en las condiciones creadas por el mismo capitalismo. En este marco concreto de la lucha de clase cobran todo su sentido los conceptos correlativos de control obrero de la producción y planificación obrera. Es por esto que la estrategia obrera de transformación social debe apoyarse en una comprensión cabal de las leyes de

desarrollo del capitalismo; en particular, del proceso de diferenciación del capital. El efecto directo más relevante de este proceso es la posición que los colectivos de trabajadores ocupan respectivamente en el proceso de producción.

La Producción es la fuente de sustento de toda sociedad humana, cualquiera sea su grado de desarrollo y consiguientemente su forma histórica. El trabajo humano se realiza según un plan, y planificar forma parte inseparable la producción social. La concepción del plan es un momento necesario del proceso de producción. Por eso, mediante la planificación, o, virtualmente, mediante la contra-planificación, el trabajador da un paso concreto, acaso el primero, en el camino de la emancipación.

Ya en su ocaso, el sistema capitalista está a punto de concluir su misión de educar a los trabajadores, prepararlos y organizarlos para apropiarse de sus propias capacidades productivas y hacerse cargo de la conducción de la economía.. Lo que resta han de lograrlo los trabajadores por sí mismos. Pero este legado histórico no fue impartido de un modo uniforme entre los trabajadores, sino que el capitalismo preparó a unos más que a otros y puso *a su alcance* instrumentos de trabajo más avanzados. Ahora importa la capacidad que el capital ha legado a ciertos trabajadores de producir, y por ende de planificar, y así, de ocupar un lugar de liderazgo económico y social, y potencialmente político, en la clase trabajadora.

El carácter heterogéneo de la clase trabajadora (resultante del mismo proceso histórico de diferenciación del capital) le impone a la vez una cierta multiplicidad de expresiones políticas y una estrategia de conjunto. El sector de trabajadores ocupados en un lugar de avanzada del aparato capitalista está por ello en condiciones de prepararse para desempeñar un papel igualmente de avanzada en la habilitación de una economía transicional. Por de pronto, para asumir esa responsabilidad, es necesario que dilucide a la par en la teoría y en una práctica algo más que incipiente, la cuestión del control obrero de la producción.

No sabemos si los emprendimientos de gestión obrera actualmente existentes seguirán ese camino. Su experiencia demuestra que al agotarse la capacidad de la clase capitalista para proporcionar ocupación a los trabajadores que el mismo capitalismo educó para trabajar al mando de un patrón, los mismos trabajadores pueden reeducarse para producir según normas, principios y modalidades de gestión que, para ello, deben concebir, y desarrollar a escala progresivamente social. Ignoramos cuán largo y complicado puede ser el camino, si puede ser continuo o debe ser discontinuo, pero sabemos con certeza que no hay, no tenemos, otro modo de iniciarlo como no sea mediante conceptos, métodos y experiencias concretas, específicamente obreras, de planificación. Y que sin esta condición, la unidad de la clase, la hegemonía del sector más avanzado, el programa socialista, etc., son otras tantas entelequias.

\*

Pero un polo remite al otro. La estructura de la clase trabajadora tiene su correlato necesario en la estructura de la propia clase capitalista que, por eso, cobra para nosotros un interés principalísimo. La clase capitalista propiamente dicha es una porción minúscula de la población mundial, mientras que virtualmente la humanidad en su conjunto se ha proletarizado. En la era del capital tecnológico, la burguesía, es decir, la clase capitalista de otrora, fue rudamente desplazada por los estratos de la clase capitalista resultantes del proceso de diferenciación del capital. La clase capitalista, entregados sus miembros con maníaca fruición al exterminio recíproco, expulsa de sus filas a un contingente tras otro de sus propios integrantes, y constituye ella misma una estructura heterogénea. Sus miembros desplazados pueden todavía encontrar un papel subordinado en la economía de transición, como contratistas ad hoc, o sucumbir.

La conformación presente de la clase capitalista interesa sobremanera a los trabajadores. Les interesan la tipología y las estructuras relacionales de las empresas de capital, para distinguir cuáles son y cuáles no las naves insignia, aquéllas desde las cuales el poder obrero puede dar un giro decisivo a la lucha de clases. En una palabra, cuáles son las empresas de mayor potencial transicional en tanto *configuradoras de subsistemas de capital*.

En términos generales, la empresa de capital es la unidad de gestión económica, la unidad de planificación. En ella el capitalista desempeña su función patronal, ejerciendo su autoridad de comando directo sobre los trabajadores asalariados, y su poder de disposición sobre las condiciones materiales del trabajo; éstas comprenden medios de producción, los cuales constituyen otros tantos elementos componentes de su capital. Esta sociedad, basada en una producción de carácter anárquico que en conjunto carece de plan, ha desarrollado, empero, procedimientos y métodos de planificación sin parangón posible en el pasado en cuanto a tamaño, complejidad y perfección.

La producción capitalista como un todo no se planifica; las empresas sí, y en los subsistemas de capital unas empresas planifican las condiciones de acumulación del capital en empresas subordinadas. Para el asalariado individual el plan al que debe conformarse su trabajo se le presenta bajo la forma de órdenes, instrucciones y normas, que toman cuerpo en un monstruo material en movimiento, estrictamente determinado por la arquitectura de la planta industrial donde transcurrirá su jornada laboral. Se le impone, por ejemplo, mediante la disposición y diseño de las máquinas y las herramientas que habrá de operar, la disponibilidad y las características de las materias primas o piezas a procesar, los procedimientos que informarán todas las alternativas previsibles de su trabajo, las instrucciones que irá recibiendo a lo largo de la jornada, las



órdenes que deberá acatar, las normas de disciplina a las que deberá someterse, dictadas por la patronal.

Así, pues, en el sistema que se caracteriza por la ausencia de un plan de conjunto, cada empresario planifica rigurosamente su parcela, dispone de (y sobre) el obrero colectivo incorporado como un instrumento entre otros (“instrumentum vocale”) a la materia pasiva de la planificación. La emancipación de los trabajadores, agentes de la producción capitalista, comienza cuando se asocian libremente entre ellos y luchan por convertirse de objeto en el sujeto activo de la planificación. Cuando los planificados se convierten en planificadores. De mil formas empíricas, la clase trabajadora viene iniciándose sin saberlo en el ejercicio de la planificación obrera, principalmente bajo la forma de la contra-planificación.

Cuando (en la fase primitiva de este proceso) los trabajadores resisten sordamente la imposición de ritmos de trabajo crecientes, cuando programan paros en la producción, cuando interfieren las decisiones patronales en todos los órdenes de la gestión de la empresa, a sabiendas, reclamando un curso de acción diferente; cuando toman iniciativas sobre las condiciones de trabajo, y sobre el trabajo mismo, cuando auditan o fiscalizan las políticas comerciales y los manejos financieros de la empresa, cuando ejercen vigilancia sobre las maniobras de estafa y vaciamiento que pueden dejarlos sin trabajo, cuando asumen el punto de vista del interés social como custodios de la calidad de los servicios al público, y de otros productos, y en resguardo del ambiente natural y el interés general; cuando exigen educación y determinan su contenido; cuando se interesan viva y activamente en los planes de reposición de equipos y en la gestión de la tecnología; cuando, en fin, asumen como de su incumbencia la totalidad del manejo de la empresa, etc., están haciendo ejercicios de contra-planificación y preparándose, de este modo, para disputar a la patronal la conducción de la empresa, por ahora sin ejercerla, pero iniciándose y desempeñándose en la fiscalización, la auditoría, el seguimiento “fantasma” de sus aspectos críticos (especialmente los atinentes a la gestión tecnológica), llevando al conocimiento de todos los compañeros y sometiendo a su opinión, las opciones de decisión donde pueden estar en juego los intereses inmediatos y mediatos de los trabajadores (económicos, laborales, sociales, intelectuales, y políticos).

He aquí un lema adecuado: “todo lo concerniente a la empresa en la que trabajamos nos incumbe, porque terminaremos por hacernos cargo la gestión económica”. Y otro lema: “la obligación permanente de todo militante obrero es interesarse e interesar a sus compañeros en el conocimiento cabal de todo lo atinente al manejo de la empresa”. Y otro más: “no hace falta que nos abran los libros: los llevamos nosotros, y hacemos las cuentas verdaderas”. Finalmente: “Tomar la iniciativa y, si es posible, retenerla”.

\*

Resistirse al capital es conducente para los trabajadores a condición de prepararse para reemplazarlo. La resistencia a las imposiciones denigrantes, a los abusos, a los excesos de la explotación, e incluso a la explotación misma, es un proceso varias veces secular que nació en su forma moderna con el mismo capital industrial y tiende a concretarse con la diferenciación tecnológica del capital industrial, resultado inevitable del propio desarrollo capitalista.

Sin saber que sus gestas de resistencia los preparaba para la planificación colectiva, los trabajadores del capital vienen entablando largas y denodadas batallas que finalmente están próximas a revelar su verdadero significado. No se tratará de abandonar las viejas reivindicaciones defensivas, sino de elevarlas a una perspectiva mayor. Las consignas tradicionales, de resistencia económica, de reforma, de reivindicación democrática, fueron y son parte de una preparación necesaria de los trabajadores para el ejercicio pleno del poder.

Para completarla es menester que los trabajadores tomen en cuenta el cuadro social resultante de la diferenciación del capital, en el mundo y en el país. En el espacio que nos queda procuraremos aportar algunos aspectos de este proceso en los marcos internacional y local.

\*

La noción más simple que hay que retener sobre la diferenciación del capital es que en el sistema capitalista está formado por subsistemas de reproducción en los cuales ciertas empresas dominan a su favor las condiciones de acumulación de otras empresas. Las empresas dominantes en un subsistema conjugan la planificación directa, propia de toda empresa de capital, con la planificación indirecta de subsistemas de empresas subordinadas.

Crean así un ámbito de planificación económica que sobrepasa los límites inmediatos de la empresa. La planificación de subsistemas (junto con el progreso técnico en general) es una pieza importante del legado que el capitalismo brinda a los trabajadores para que éstos inicien la época de la transición al socialismo. Para apropiarse de ella es necesario que se inicien en la contra-planificación de la empresa y la extiendan a los subsistemas de capital.

Esta somera noción es suficiente para que se comprenda que el paso decisivo será luego la socialización de las empresas configuradoras de subsistemas, mientras que en los subsistemas mismos habrá cabida durante toda una época de transición histórica para empresas de capital de carácter reducido, a la manera de contratistas, concesionarios, etc. Es suficiente también para comprender que en cada empresa particular los

trabajadores deben tomar pleno conocimiento del papel de su empresa en los subsistemas de capital, y unir su acción y su plan directamente con la de los trabajadores de empresas vinculadas. Su capacidad de desarrollar subsistemas existentes y de configurar otros nuevos es la base económica de la hegemonía social y política y por tanto de la dirección que pueden proporcionar a la clase trabajadora los obreros más avanzados.

\*

Vamos a referirnos ahora de un modo muy breve y preliminar a ciertas particularidades que presenta la perspectiva de la planificación obrera en nuestro país. Nuestra tesis se puede anticipar en unos pocos de breves enunciados.

Primero, que en la hora actual, los trabajadores pueden y deben planificar. Segundo, que para hacerlo los trabajadores de cada fábrica tienen que tener en claro el lugar de ésta en subsistemas actuales o potenciales. Tercero, que dadas las particularidades del capitalismo en Argentina, los trabajadores argentinos de empresas de capital industrial deben completar tareas incumplidas por el desarrollo capitalista, y, para ello, concebir y planificar el desarrollo nuevos subsistemas de capital. Todo ello como parte de la creación de una economía transicional.

Esta exigencia se debe a las mismas circunstancias que determinaron la asombrosa bancarrota de la economía de este país. A cada etapa histórica del desarrollo capitalista en el mundo corresponde un tipo de subsistema específico. En la economía mundial, desde mediados del siglo XX la diferenciación tecnológica del capital industrial reconfigura radicalmente los subsistemas económicos en todo el mundo. En los nuevos subsistemas, el capital tecnológicamente potenciado se centraliza en Estados Unidos, Europa y Japón, y desarrolla potentes bases de capital simplemente reproductivo en el resto del mundo. Un carácter distintivo de los países receptores de inversión meramente reproductiva es la inexistencia (sudeste asiático) de capacidad de innovación previa. Argentina desmanteló su capacidad industrial (conformada en subsistemas no tecnológicamente diferenciados), pero no atrajo inversiones del nuevo capital potenciado. La clase capitalista en Argentina prefirió otro tipo de “negocios”.

La burguesía industrial argentina de otrora, incapaz de encontrar un lugar en la nueva configuración de subsistemas (a pesar de que el país poseía a la sazón recursos científicos y tecnológicos suficientes como para intentarlo), se entregó en cambio un proceso de degradación especulativa y parasitaria profundo, comprometiendo todos los

resortes del Estado en una puja rentística que rápidamente degeneró en saqueo de la riqueza social y el patrimonio público. Pronto los jugadores locales quedaron desplazados. Entraron a disputarse las presas más jugosas los carroñeros mayores de la banca internacional, que instalaron gobiernos adictos y urdieron las macroestafas de la deuda pública.

La burguesía industrial local sufrió una larga agonía, intentando prolongar las condiciones de acumulación mediante empresas de capital carentes de diferenciación tecnológica. La clase capitalista quedó representada por una fauna de parásitos advenedizos, inescrupulosos y corruptos, sin voluntad ni capacidad para organizar la producción, y por consiguiente sin voluntad ni capacidad para formar a los trabajadores preparándolos para su misión histórica.

En el marco de la lucha de clases, quedaron dos espacios vacantes, los principales: uno en la clase capitalista, y otro, correlativo al anterior, en la clase obrera, la cual sufre el cambio estructural que venimos describiendo. Por un lado, la clase trabajadora aumentó hasta abarcar la abrumadora mayoría de la población. La vieja “clase media” (profesionales, pequeños patronos urbanos y rurales, empleados jerárquicos, técnicos, maestros artesanos) se vio arrastrada irremisiblemente al “abismo proletario”. Incluso esa multitud abigarrada que pasa por burguesa y se cree capitalista ha dejado de serlo realmente, aún cuando no formalmente.

La opinión general de la época ve las cosas al revés: esclava a la par de las apariencias y de doctrinas económicas vulgares; carente de una visión histórica de conjunto y de una perspectiva revolucionaria fundada en la ciencia social actualizada, cree que la clase obrera se ha extinguido, o poco menos. Y es verdad que han quedado diezmadas las filas del proletariado industrial asalariado que caracterizó a la clase trabajadora en la época del capitalismo industrial no diferenciado.

\*

La gran pregunta de la época es si el capitalismo ha creado ya las condiciones para que la clase trabajadora liquide el capitalismo y construya una nueva civilización. Inquirimos sobre el marco internacional y el marco local.

Sobre el primero preguntamos si las leyes de transformación inmanentes al desarrollo capitalista han preparado las condiciones para el relevo histórico, y nuestra respuesta es que sí: que las configuraciones subsistemáticas presididas por capital tecnológicamente potenciado constituyen ámbitos virtuales de planificación obrera, propicios por tanto para que los trabajadores comiencen su misión histórica de apropiarse de sus propias

fuerzas productivas y, haciéndose cargo de esos ámbitos de planificación, instauren la época (todavía capitalista) de transición al socialismo.

Sobre el marco local hay que tomar nota del baldío social dejado por los especímenes vernáculos de la clase capitalista: la nueva configuración de subsistemas de capital tecnológicamente diferenciado ha dejado el territorio argentino virtualmente baldío de inversión productiva. No alcanza para desmentir este aserto la localización oportunística de algunas instalaciones de capital comercial y de capital industrial reducido (limitado a la esfera de la reproducción por departamento, sin articulación local), dependientes de transnacionales de mayor envergadura (filiales, concesionarias, licenciatarias, franquiciadas), concebidas como negocios de ocasión. La burguesía argentina en extinción cuelga de algunas ramas locales de subsistemas de capital transnacionales, medrando ahora en el papel de socios menores o meros abrepuertas, lobbymen y simples gestores.

¿Qué se hizo de los pesados de entonces, los dueños del Estado, los infatuados “capitanes de la industria”? Sencillamente, desertaron, abandonaron su pretendida misión de crear industrias, y futuro, y, sobre las desoladas ruinas de un aparato industrial improvisado y desarticulado, su legado para la economía de transición, dejaron una deuda descomunal para que la paguen otros. Muchos grandes nombres de la burguesía de este país ya no figuran en las nóminas de directorio de grandes empresas sino en la lista de prófugos de la justicia. Es necesario que colectivos obreros tomen el timón de la reconfiguración y el planeamiento de nuevos subsistemas industriales.

Tampoco es brillante al aporte que pueden hacer a la economía de transición las mal llamadas “pymes”. Esta confusa categoría denota por lo general empresas precarias con equipos amortizados y obsoletos, incapaces de formar trabajadores de alto vuelo, incluso de retenerlos; muchas de ellas son boliches miserables, que no van ni a la esquina sin recurrir a sus principales especialidades, a saber: el empleo en negro, la evasión impositiva, la venta de productos “truchos”, la bicicleta financiera, las acrobacias contables en el filo de la cornisa entre legalidad y delincuencia.

No faltan excepciones que confirman la regla. Los pocos empresarios dignos de tal nombre que sobrevivieron a duras penas al proceso de degradación (selección al revés), y pueden efectivamente aportar a la transición, sólo encontrarán un futuro digno en una economía de transición dirigida por los trabajadores. En ella podrán prosperar. Fuera de ella están condenados. Es, si se quiere, una de las paradojas de la transición.

Con la degradación y la deserción del destacamento local de la clase capitalista industrial, correlativamente, se opacó en la clase trabajadora la hegemonía natural de los sectores del proletariado formados y colocados por el capitalismo en las industrias clave, en posición por ende para conducir la formación de una economía de transición, y

para dar una conducción social de alto vuelo a toda la clase trabajadora. De allí que en este lugar del mundo la misión de la planificación obrera es llenar ese vacío, y construir una nueva hegemonía teórica, económica, social, política. La exigencia de planificación es más rigurosa aquí, que allí donde la diferenciación del capital dejó subsistemas de producción articulados: capacidad científica, tecnológica e innovativa y grandes inversiones en capital reproductivo. Aquí como allá, empero, la contra-planificación es el primer paso.

¿Hace falta decir que la contra-planificación (en transición progresiva a la planificación) no excluye otras formas de solidaridad activa de los trabajadores ocupados (o auto-ocupados) con otros sectores de la clase trabajadora y el pueblo, sino que los trabajadores libremente asociados en la planificación productiva pueden asociar a otros trabajadores en el desarrollo de empresas de primer nivel y en la configuración de nuevos subsistemas productivos? ¿Es necesario puntualizar que la planificación obrera no reemplaza la lucha por el poder político, sino que ayuda a alcanzarlo, y es imprescindible para consolidarlo y retenerlo?

-----

\* Doctor en Ciencias del Desarrollo, UCV., Lic. en Economía Política, UBA. Profesor titular consulto de la Facultad de Ciencias Económicas, UBA. Director del Centro de Estudios para la Planificación del Desarrollo (CEPLAD), Instituto de Investigaciones Económicas, UBA. Miembro del Consejo Editorial de la revista *Nueva Economía* (Academia Nacional de Ciencias Económicas de Venezuela). Autor de *El capital tecnológico*, libro que obtuvo al Primer Premio Nacional de Economía.